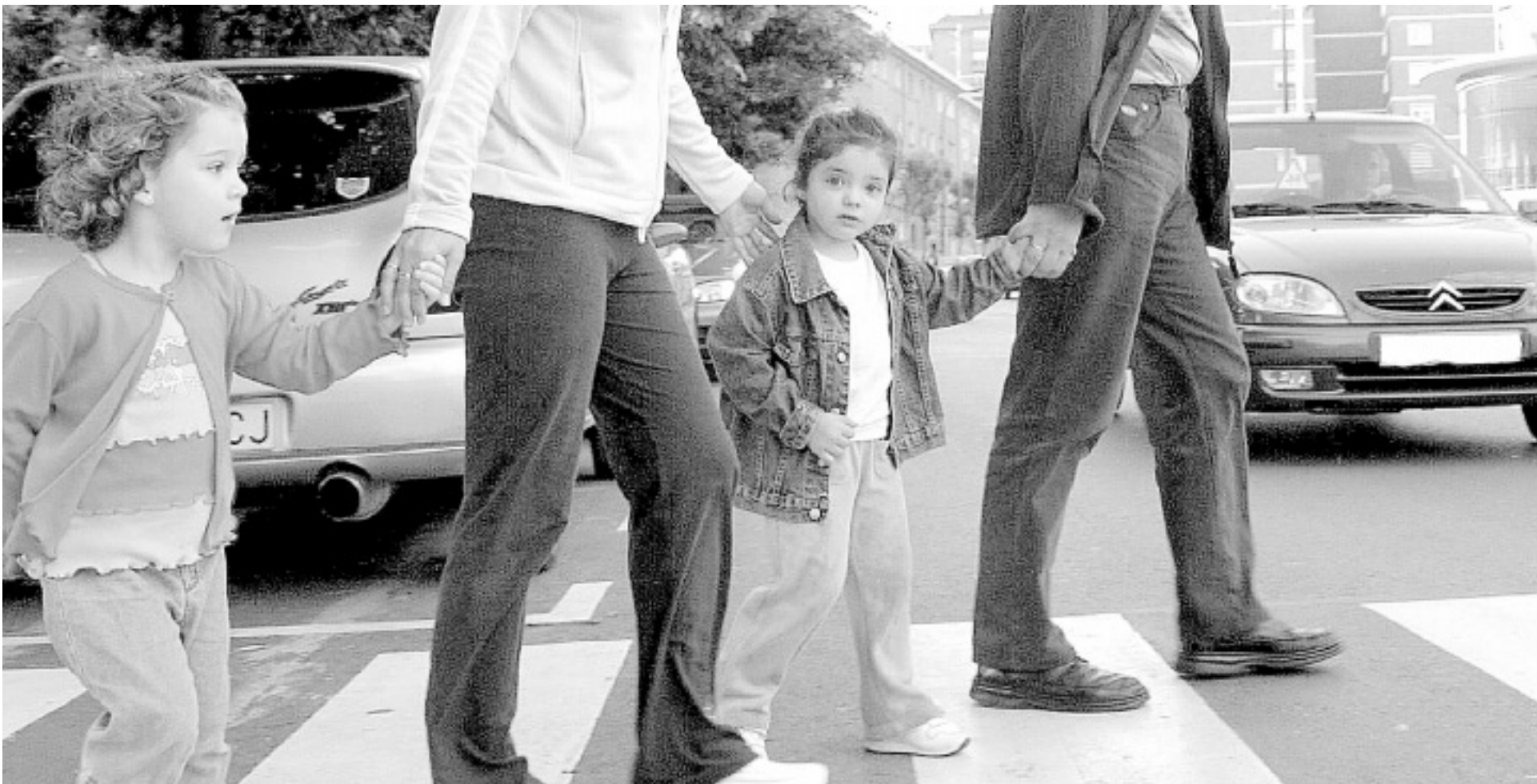




CRUZAR LA CALLE. Dos niños atraviesan un paso de peatones acompañados por dos adultos en el centro de una gran ciudad. / P. CITOULA

IVÁN ORIO LA VERDAD

La mayoría de las ciudades son ya un coto privado de los coches y sus calles están perdiendo a los niños sin remedio. Las urbes han levantado barreras prácticamente infraqueables para los chavales, que han tenido que renunciar a su escasa autonomía. Por eso, casi siempre tienen que ir acompañados de un adulto cuando van al colegio e incluso a un parque para estar con los amigos. Los riesgos del tráfico y el constante cruce de semáforos hacen que los críos vean a las ciudades, y también a municipios más pequeños en crecimiento, como un medio hostil en el que no pueden desenvolverse sin la ayuda de sus padres, abuelos o hermanos.

«Los coches son los enemigos de los niños», resume la geógrafa Marta Román. Autora de numerosos trabajos sobre la participación de los vecinos en los diseños urbanos, esta experta intervino recientemente en unas jornadas sobre la primera infancia. Román considera que los niños deben disponer de suficiente autonomía para conocer por sí mismos los barrios y las calles de su localidad, un objetivo que, sin embargo, choca con la evidencia de que «se ha dado prioridad al automóvil sobre el peatón».

Peligros

A su juicio, basta echar un vistazo a las principales avenidas para darse cuenta de que los críos no pueden disfrutarlas en solitario –y mucho menos, jugar en ellas– ante los peligros que genera el permanente ir y venir de coches a gran velocidad. La mayoría de los menores pasean habitualmente con sus padres u otros familiares, lo que, por una parte, acrecienta su dependencia y su inseguridad y, por otra,

Las ciudades entrañan tantos riesgos que los críos casi nunca van solos al colegio o a pasear por el barrio

La calle pierde a los niños

les impide asumir un sentido de arraigo y vinculación con su barrio o municipio. La geógrafa

aboga por revertir la situación en los núcleos urbanos para lograr que los críos vuelvan a ser

los grandes protagonistas de las ciudades.

Hay otros niños para quienes

esta meta es aún más lejana. Son chavales que acuden a casi todos los sitios en compañía de sus padres, pero, además, siempre en coche. Sufren el denominado ‘síndrome de la ventanilla trasera’, un cristal por el que se filtra la imagen de una ciudad que siempre será desconocida para ellos y en la que no conseguirán integrarse. «Yo me acuerdo perfectamente de las avenidas y del camino que cogía para ir al colegio. Pero, si vas en coche, es mucho más difícil recordar el trayecto que se ha cogido para ir a un sitio o a otro», dice la experta.

«Siempre corriendo»

«Antes –añade– nos dejaban hacer a los siete años lo que ahora se permite a los doce, como ir

«A veces, los chavales están como enjaulados»

El paulatino crecimiento de las ciudades ha dispersado a parte de sus habitantes en diferentes urbanizaciones que, en muchas ocasiones, disponen de jardines o centros de recreo privados. Los niños juegan en estos lugares en sus ratos libres y durante los fines de semana y, a veces, ni salen de estos recintos. Estas áreas de ocio también se encuentran en barrios periféricos que no están muy alejados de los núcleos urbanos. Los padres suelen quedarse más tranquilos cuando saben que sus hijos juegan debajo de casa y pueden vigilarlos incluso desde el balcón. «Al final –subraya Marta Román– los chavales están como enjaulados».

Con el paso del tiempo, estos pequeños parques tienden a convertirse en cotos en los que siempre juegan los mismos niños. Los

críos no ven casi nunca caras nuevas y se acostumbran a estar con chavales «de una capa social determinada». Es por ello que les resulta muy difícil asumir que las calles que están al otro lado de los setos también les pueden servir para divertirse. «Las ciudades se están expandiendo y ganando territorio en los extrarradios a pesar de que la población sigue siendo la misma, y por eso se están zonificando», explica la geógrafa.

Los centros comerciales, asimismo, son ya parte del paisaje de los cinturones urbanos y lugar de encuentro habitual de familias y adolescentes. Los padres «se tranquilizan» cuando saben que sus hijos han ido al cine o a merendar a una de estas grandes superficies. «Saben que no hay coches y que los niños pueden



PROTECCIÓN. Una niña busca a su padre con la mirada. / P. CITOULA